

de los medios de salvación y fuentes de gracia de la Iglesia, sabía prevenirlos de todos los peligros que podía traer consigo el cotidiano comercio espiritual con los escritos de los gentiles. A la piedad de Victorino correspondía su beneficencia; ningún fraile, ningún pordiosero, que se le acercaran, se apartaban de él con las manos vacías; y á pesar de su intensa ocupación como maestro y educador, todavía encontraba siempre tiempo para visitar á las viudas y á los huérfanos, á los pobres y enfermos, y aun los tristes calabozos de los presos, derramando en todas partes el consuelo, la enseñanza y el socorro. Decíase de Victorino, que sólo aquel dejaba de recibir sus beneficios, cuyas necesidades le eran desconocidas. Tan grande beneficencia le hubiera sido impracticable, si no se hubiera visto liberalmente auxiliado por el Marqués de Mantua y por los discípulos ricos; pero, por muy grandes que fueran las cantidades que recibía por tales conductos, todo lo daba á su vez para aliviar las miserias de sus semejantes. Cuando murió, á 2 de Febrero de 1446, á la edad de 69 años, sus bienes estaban tan gravados con deudas, que los herederos se negaron á admitir la herencia, y su cadáver hubo de ser enterrado á costa del príncipe. El humilde varón había prohibido que se le erigiera monumento alguno (1).

La posición de los representantes del Renacimiento cristiano, era la única conveniente respecto del mundo antiguo, y más ó menos definitivamente, ellos resolvieron el problema de la justa estimación de la Antigüedad. Su entusiasmo por los tesoros del genio antiguo, no era tan desmedido que pusiera en peligro el amor íntimo hacia el Cristianismo; y en oposición á las excentricidades de los otros humanistas, estaban firmes en la máxima: que, en la lectura de los escritores paganos, hay que medir y juzgar las ideas de éstos, con arreglo á los principios del Cristianismo; reconociendo el gran peligro que hay en idealizar de tal manera las máximas morales y religiosas del paganismo, que se venga á pensar no haber sido necesaria otra enseñanza del cielo, otra

(1) Rosmini 164 ss. 236 s. Sobre la medalla acuñada por Pisanello en memoria de Victorino con la inscripción: «Victorinus Feltren. summus mathematicus et omnis humanitatis pater», v. Friedländer, *Schaumünzen, im Jahrbuch der preussischen Kunstsamml.* I, 92. 101. En Feltre se erigió un monumento á Victorino en 1868, con la inscripción: «A su Victorino, príncipe de los educadores».

elevación de las costumbres, perdón de los pecados y gratuita reconciliación; como si por aquellas máximas hubiera podido alcanzarse el fin supremo de la humana existencia (1).

Sólo á la luz del Cristianismo puede juzgarse el mundo antiguo de una manera recta, justa y completa; pues el ideal de la Humanidad, que concebía la Antigüedad clásica, y encarnaba en sus héroes y dioses, ni es todo el ideal, ni un ideal completo de la Humanidad; no es más que un bosquejo, un perfil que ha de recibir de otra imagen superior sus colores y su vida; un fragmento, cuyas lagunas buscan su complemento en un todo superior. Esta más subida imagen de la perfección humana, es el Hijo de Dios hecho hombre, prototipo de toda criatura; el cual no es creación de la fantasía, ni ficción del entendimiento humano, sino verdad y vida. Ante esa imagen, que derrama vida, consuelo y salud, palidecen los ideales clásicos, y sólo una vanísima locura puede tratar de abandonarla para volver á aquéllos. Semejante locura cometíanla los partidarios del falso renacimiento; aquellos humanistas, que, en vez de levantarse desde los poetas y filósofos de la antigüedad hasta Cristo, volvían las espaldas á la gloria del Cristianismo, para tomar prestados sus ideales al genio de la Antigüedad (2).

Este doble carácter del Renacimiento italiano, hace extraordinariamente difícil el pesar con justa balanza los daños y provechos que produjo el nuevo movimiento de los espíritus, para la Religión y para la Iglesia. En general, es ardua cosa el pronunciar un juicio de conjunto sobre materias tales, aun prescindiendo del carácter accidental de las noticias que sobre las particulares personas se nos han transmitido; en éste como en otros terrenos, la prudencia humana es demasiado débil para sacar una suma exacta del total (3).

Con grande acierto se ha observado, que todo verdadero progreso científico debe ser también ventajoso para la Religión y la Iglesia; porque la verdad, la ciencia y el arte son hermanas, hijas del Cielo (4). Desde este punto de vista ha de ser consi-

(1) Cf. *Katolik* 1855, N. F. XI, 193—211. 252—259.

(2) *Hassner, Renaissance* 18; cf. *Brandes* 9.

(3) Respecto á las circunstancias morales de aquella época, ya *Burckhardt* (II^o, 151) lo notó expresamente.

(4) *Rohrbacher-Knöpfler* 323.

derado el fomento que al clasicismo renaciente procuraron los representantes de la Iglesia; y no es necesario inculcar que hase de distinguir aquí, entre el renacimiento cristiano y el pagano, para pronunciar el juicio en consecuencia. Aquellos miembros de la Iglesia que dieron alientos al renacimiento pagano, obraron mal y merecen indudablemente ser censurados desde el punto de vista religioso; pero una crítica imparcial no puede menos de tener en cuenta, al formular esta reprobación, el conjunto de las circunstancias de la época, considerando al mismo tiempo, cuán difícil era oponerse á los abusos que podían cometerse con la literatura antigua como con todos los bienes del espíritu.

Pero es enteramente inexacto el juicio, en muchas partes extendido, de que la Iglesia no conoció las peligrosas tendencias del Renacimiento; antes al contrario; desde el principio, nunca faltaron quienes levantaran la voz contra la dirección del falso humanismo, apropiada sólo para matar el corazón y el espíritu; y uno de los primeros que en Italia avisaron del peligro que amenazaba por esta parte á la educación de la juventud, fué el dominico **Juan Dominici**. Este predicador, en alto grado benemérito de la reforma de su Orden, el cual gozó de la primanza del Papa Inocencio VII, y fué investido de la dignidad cardenalicia por Gregorio XII (1); en su tratado sobre la regla y disciplina de la vida de familia, se lanzó con toda la energía de su carácter, que no carecía de cierta apasionada impetuosidad, contra aquella escuela que criaba á la juventud, y aun á la misma niñez, de un modo más pagano que cristiano, enseñándoles á invocar antes á Júpiter y á Saturno, á Venus y á Cibeles, que á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; que envenenaba los ánimos débiles y delicados, haciéndolos sacrificar á las falsas

(1) Acerca de la vida de este enérgico varón, aunque no exento de algunas debilidades, el cual falleció á los 64 años en un viaje que emprendió como legado á Budapest, á 10 de Junio de 1419 (no 1420 como se ha dicho muchas veces (por ejemplo, aún Gaspari II, 194); cf. el testimonio auténtico de las Actas consistor. en el *Archivo consistorial del Vaticano*; cf. Apénd. núm. 16) véase Act. Sanct. Iunius II 395 sq.; Echard I, 768 sq.; Fabricius-Mansi II, 468—469; III, 358; Marchese, Scritti I², 34 s.; Salvi VI—LVI; Rattinger im Hist. Jahrbuch V, 168, la monografía de Sauerland, el cual no obstante juzga muchas veces demasiado ásperamente á Dominici; y finalmente, la extensa descripción de su vida de Rösler (Freiburg 1893). * Sermones de sanctis et de tempore de G. Dominici los he visto en Cod. XI—68 de la Biblioteca Barberini de Roma.

deidades, y educaba la naturaleza en el seno de la incredulidad, haciéndola apostatar de la verdad (1).

Todavía con más dureza que en este tratado, perteneciente á los primeros años del siglo xv, se expresa Juan Dominici en un escrito recientemente hallado (2), contra aquellos que, con ciega afición y falso método, se entregaban á los estudios paganos, é inducían con ello al menosprecio de la cristiana religión. Dicho escrito está dedicado con corteses razones al célebre canceller florentino Coluccio Salutato, y debía ser una exhortación dirigida al mismo, para que no se dejara enredar en los alicientes del falso renacimiento. Pero ante todo, persigue el fin general de descubrir los elementos perniciosos que contiene sin duda la Antigüedad pagana, y prevenir contra el abuso de los estudios clásicos en la educación de la juventud, lo cual hace con palabras elocuentes é inflamadas, y muy buenas razones. Dominici no va tan allá, que quiera prohibir enteramente el estudio de la literatura antigua; antes bien, combate propiamente sólo aquella lectura de los clásicos, por la cual la fe católica y la cristiana educación debían sufrir detrimento. Su tratado es un escrito polémico contra el abuso á que se entregaban muchos entonces en los estudios humanistas, y esto declara, que, desde su punto de vista ascético y pedagógico, rebaje algunas veces la importancia de la clásica literatura. Su celo contra el nuevo paganismo, cuyos peligros previó con espíritu profético (3), le lleva algunas veces á afirmaciones enteramente paradójales; por ejemplo: que es más provechoso al cristiano arar la tierra, que estudiar los escritores gentiles (4). Para inteligencia y disculpa

(1) Salvi 135—136. Cf. Reumont, Kl. Schriften 16 ss.

(2) * *Lucula noctis dⁱ. Io. Dominici cardinal. S. Sixti*; ahora en la *Biblioteca Laurenciana de Florencia* con la signatura: 174 sop. la porta. Conv. sopp. 540 (S. Maria novella 338) f. 17—128^b. Este escrito se tuvo mucho tiempo por perdido: cf. Salvi LXI y Wesselofsky I, 2, 11. Ab. Anziani lo halló de nuevo y Janitschek lo utilizó (105). Rösler, Dominici 92 s., dió el primero un extenso extracto y un juicio detenido de la obra: cf. también Rösler, Dominici Erziehungslehre 7 f. Otro manuscrito de la Lucula, 141 hojas con iniciales polícromas, vendiólo el anticuario florentino Franchi en Mayo de 1885, por 130 liras (cf. el catálogo del mismo núm. 47, p. 57) á H. Andrea Nizzi.

(3) Juicio de V. Rossi, Quattrocento 45.

(4) * *Utilius est christianis terram arare quam gentilium intendere libris*. Extrañamente aduce el autor para defender esta proposición, entre otras, la autoridad de un pagano, es á saber, el elogio de la Agricultura, de Cicerón. F. 79 del mencionado manuscrito de la *Biblioteca Laurenciana de Florencia*,

de tales sentencias, se ha hecho valer con razón, que Dominici sólo trataba aquí del abuso de dichos estudios (1). También otras de sus expresiones tienen un sonido más duro de lo que fué su intención; pero aun prescindiendo de esta innecesariamente acerba envoltura, el más benigno estimador no puede negar, que Dominici, con la mejor intención del mundo, va algunas veces demasiado lejos en su escrito polémico, haciendo resaltar de una manera por ventura inoportuna, la real superioridad de las verdades reveladas sobre la ciencia puramente humana. Es un modo de ver parcial y poco recto, el no querer, como hace, permitir el estudio de los clásicos, sino para el fin negativo de su refutación (2). La utilidad de dicho estudio para asimilarse la imperecedera belleza de la forma de los antiguos, no debe menospreciarse de tal modo; pero las parcialidades y exageraciones de este género eran contestadas entonces con otras exageraciones del partido contrario, dificultándose con ello la inteligencia sobre el recto uso de los clásicos antiguos, cuando no haciéndola totalmente imposible.

Entre los celosos impugnadores de los «poetas», como entonces se solía llamar á los humanistas y á los escritos clásicos por ellos recomendados y, con frecuencia, moralmente perniciosos, se distinguieron, al lado de los dominicos, principalmente los franciscanos (3). No puede en manera alguna negarse, que los más de aquellos varones estaban llenos de un celo verdaderamente santo por la causa del Cristianismo, y que, mientras otros dignatarios eclesiásticos, llenos de espíritu mundano, se entregaban á las tendencias del falso humanismo, merecieron indudablemente bien de la Iglesia con sus animosas impugnaciones; pero

(1) Rösler, Dominici 101 s.

(2) Ibid. 108.

(3) De qué manera fueron los dominicos siempre vigilantes custodios del severo espíritu eclesiástico contra el espíritu mundano introducido por el Renacimiento, lo ha mostrado Hettner (99 ss) en su tratado «Über die Kunst der Dominikaner im 14. und 15. Jahrhundert». Cf. lo que más adelante notamos sobre Fr. A. de Fiésole; acerca de la oposición de Savonarola contra el arte inmoral, véase nuestros datos en el tom. III. Las Memorie ecc. del P. Marchese contienen una multitud de noticias interesantes. Varias de las apreciaciones de Hettner están discutidas en el Essay: Renaissance und die Dominikanerkunst. Histor.-polit. Blätter XCIII, 897 ss.; XCIV, 26 ss. Cf. ahora principalmente á Kraus II, 2, 1. En este lugar 70 ss. también sobre la polémica entre los humanistas y Frati.

no por eso deja de ser lamentable, que la mayoría de los que combatieron contra los «poetas» traspasaran los justos límites. Para estimar debidamente tal modo de proceder, hay que recordar, á la verdad, los furiosos ataques que, precisamente los humanistas que se expresaban con más elegancia y, por lo mismo, eran más leídos, como Poggio, Filelfo y otros, habían dirigido contra las Órdenes religiosas y la Escolástica por ellas cultivada. Á causa de la pujanza que la nueva escuela alcanzó en poco tiempo, se vieron los religiosos casi enteramente indefensos, ante las burlas que hacían aquéllos de su santo estado; á lo cual se agregaban los repugnantes extravíos y desórdenes del partido clasicista radical, los cuales hacían temer para lo porvenir las más desastrosas consecuencias. Por efecto de esto, los más de los impugnadores del falso renacimiento prescindieron de que aquellos descarríos no estaban en la renovación misma de los estudios clásicos, sino en el abuso de ellos, y tenían sus raíces en las tristes circunstancias sociales, políticas y eclesiásticas de aquella época. Muchos elementos impuros, que aspiraban á un desenfreno general de los espíritus y á una completa supresión de todas las barreras, se habían aglomerado en torno de la bandera del Renacimiento, y lograron que el gran movimiento espiritual del Humanismo corriera muchas veces por rieles totalmente equivocados. Así sucedió, que la gran mayoría de las personas religiosas no distinguieran, en el fervor de su celo, entre el verdadero y el falso renacimiento, haciendo á todo el Humanismo responsable de los excesos del partido clasicista radical. Contra tales impugnadores, podían oponer con buena razón los humanistas, que las obras de los Padres de la Iglesia, Jerónimo, Agustín, Ambrosio y Cipriano, están llenas de versos de los poetas y reminiscencias clásicas. Algunas veces procedieron también los religiosos con muy poca habilidad, en su lucha contra los humanistas; como, por ejemplo, calificando de herejía los ataques de Valla contra Prisciano y los gramáticos de la Edad Media; ó cuando Alberto da Sarteano consideraba como ofensa á Dios, el que Poggio calificase el excelente vino de Ganghereto, de néctar de Júpiter, queriendo ver en esto la demostración de ser Júpiter el Dios á quien veneraba aquel humanista (1).

(1) Cf. Vahlen, Valla 213 ss., y Voigt, Wiederbelebung I^o, 473 s.; II^o,

El concepto tan parcial como miope, de que toda la agitación del Renacimiento procedía del mal espíritu, porque constituía un peligro para la fe y las buenas costumbres, no puede ser considerado como propio de la Iglesia católica. Ni siquiera todos los religiosos eran de este parecer; antes varios de ellos procuraron traer la literatura clásica al servicio de la religión (1); y lo mismo que en toda la Edad Media, se mostró de nuevo entonces la Iglesia promotora de todo fecundo progreso espiritual, y protectora de toda verdadera educación y cultura, permitiendo á todos los partidarios del Renacimiento la mayor libertad de lenguaje que se puede pensar, y de la cual es difícil que lleguen á formarse idea, las épocas que han perdido la unidad de la fe (2). Una sola vez, en el período que hemos de historiar, intervino directamente el Jefe supremo de la Iglesia contra el falso renacimiento; y en aquel caso, se trataba de la desvergonzada glorificación de vicios paganos, ante la cual el Papa, como soberano custodio de la moralidad, no podía guardar silencio (3).

En lo demás, la Iglesia concedió á los estudios humanísticos la mayor protección, guardando firmemente la hermosa máxima de Clemente Alejandrino: que la ciencia de los paganos, en lo que tiene de buena, no se debe considerar como algo gentilicio, sino como don de Dios (4); y á la verdad, no fué la antigua literatura quien tuvo la culpa de que el Renacimiento degenerara muy

233. Si hemos de creer á Salutato, había en su tiempo teólogos necios que llegaban hasta despreciar la «Ciudad de Dios» de S. Agustín, porque se cita en ella á Virgilio y á otros poetas! Mehus, Vita Trav. 293. La lucha de los humanistas italianos con las Ordenes religiosas necesita todavía un estudio serio; Burckhardt y Voigt traen sobre esto bastante poco y lo mismo hace Sabbadini, Storia del Ciceronianismo (Torino 1885) 92 ss.; Mancini, Valla 268 s., y Monnier I, 125 ss. Voigt hace notar repetidas veces que los mismos humanistas provocaron la actitud hostil de los teólogos; cf. I^o, 517.

(1) Cf. Kraus II, 2, 1, 70. Sobre Maffei, vid. infra Lib. 3, cap 5. Sobre el maravilloso libro de Mancinelli, De arte poetica v. Sabadini l. c. 96 s.

(2) Cf. Körting II, 366. 660. En ninguna parte reinaba mayor libertad intelectual que en la Ciudad eterna. «Et quod maximi omnium faciendum videtur mihi, *incredibilis quaedam hic libertas est*», escribía Filelfo desde Roma en 1475. Rosmini, Vita di Filelfo (Milano 1808) II, 388. Sobre los vituperios que los Papas, por ejemplo, Sixto IV, sufrieron en su propia Capilla, cf. Burckhardt, Kultur I^o, 260; II^o, 196.

(3) Cf. supra p. 28. Sobre el procedimiento de Paulo II, dice la Academia romana, cf. tom. II^o de esta obra, p. 303 ss.

(4) Clemens Alex., Stromata I, 4: πάντων γὰρ αἴτιος τῶν καλῶν ὁ θεός.

pronto en Italia; sino el uso, ó más bien el abuso, que muchos hicieron de ella, al paso que otros la utilizaban convenientemente (1). Cuán poca razón haya, para considerar á los absolutos enemigos del Renacimiento (muy numerosos, particularmente en las Órdenes monásticas) como los verdaderos intérpretes de la Iglesia, se infiere claramente del hecho que, la mayoría de los Papas tomó, respecto de la nueva tendencia, una actitud enteramente contraria (2).

Ya hemos hecho observar las amistosas relaciones que tuvieron los Papas con los dos fundadores del Renacimiento en la Literatura, Petrarca y Boccaccio, á pesar de las apasionadas demostraciones de los mismos contra el desorden, que durante la residencia en Aviñón, se había introducido en las cosas eclesiásticas. No menos que cinco veces, fué Petrarca invitado á admitir el cargo de secretario apostólico; sólo que el poeta no pudo resolverse á la aceptación de dicho oficio, porque temía haber de renunciar entonces á su actividad literaria, en que consideraba su vocación propia (3). Por el contrario, el mismo Petrarca recibió con alegría el encargo del erudito Clemente VI, de recogerle antiguos manuscritos de las obras de Cicerón para la biblioteca pontificia; y es muy significativo el hecho de que, el Papa Gregorio XI, á la noticia de la muerte de Petrarca, á quien antes había invitado á ir á Aviñón, con una carta de su propio puño, encargó al Cardenal Vicario de la Iglesia en Italia, Guillermo de Noellet, buscara diligentemente los escritos del finado, é hiciera sacar de ellos buenas copias para el Papa, principalmente del «Africa», de las Eglogas, Epístolas, Invectivas, y de la hermosa obra «Sobre la vida solitaria» (4).

(1) Ya F. v. Schlegel, Sämmtl. Werke (2 Ausg., Wien 1846) II, 15, notó esto mismo.

(2) El gran arzobispo de Florencia, S. Antonio, se mantuvo también lejos de las exageraciones de los impugnadores de los poetas. Desde el alta atalaya de la fe, dice Voigt, Wiederbelebung I^o, 379 s., contemplaba con benignidad á los paganos para quienes la fe no había aún amanecido. Ni le era totalmente desconocida la literatura clásica, ni le inspiraba horror su naturaleza gentilicia, y aun oportunamente insertaba uno que otro verso de Ovidio en sus cartas. Su oposición contra las tendencias paganas del Humanismo era tan comedida, que todos los humanistas hablan de él con reverencia. cf. Moro 48.

(3) Körting I, 200.

(4) Mehus, Vita Trav. 216. Ehrle I, 139.

Gregorio XI, el mejor de los Papas de Aviñón (1), mostró generalmente notable solicitud por la biblioteca de la Santa Sede (2), como también por la herencia del mundo espiritual antiguo, que por entonces estaba medio olvidada; y habiendo llegado á su noticia, que en Verceli se había encontrado un ejemplar de Pompeyo Trogo, dirigió en seguida un escrito al obispo de dicha ciudad, pidiéndole se informara sin tardanza del mencionado libro, y que se lo hiciera llevar por un fiel mensajero á la corte pontificia. Pocos días después, el mismo Papa encargaba á un canónigo de París, hacer investigaciones en la biblioteca de la Sorbona, en busca de varias obras de Cicerón, mandándole hiciera sacar copias por inteligentes escribanos, y las enviara luego á Aviñón (3). La tormenta que descargó sobre el Pontificado después de la muerte de Gregorio XI hubiera debido (por lo menos, así parece á primera vista) retraer á los Papas de dispensar su favor al Renacimiento, que por entonces comenzaba á llamar la atención en el terreno de la literatura; pero en realidad, precisamente en dicho período se dió entrada en la Curia romana á mayor número de humanistas (5).

La consideración más detenida de este período, en la que es necesario tener asimismo en cuenta la precedente época de la residencia en Aviñón, nos declarará las causas de aquella penetración gradual del Humanismo en la corte pontificia, que no dejó de tener sus aspectos inconvenientes. Pero, no es ésta la única razón, por la que es menester echar antes una mirada á la Historia de los Papas desde el principio del destierro de Aviñón hasta el

(1) El notable Breve de Gregorio XI, fechado en 11 de Agosto de 1374, fué impreso por Meneghelli, *Opere* (Padova 1831) VI, 198; Theiner, *Cod. II*, 559—560, Ehrle I, 143. Cf. Marini, *Archiatri II*, 21, n. 2.

(2) Höfler en las *Sitzungsberichten der Wiener Akademie*, histor.-phil. Klasse LXV, 813.

(3) V. Ehrle, *Hist. bibl. Rom. Pontif. I*, 451 sqq.

(4) El texto de ambos escritos, que tomé del Archivo secreto pontificio, véase en el Apéndice n. 1 y 2.

(5) Sólo aisladamente hallamos en el período de Aviñón humanistas toscanos al servicio de los Papas. De los cuales aparece el primero Zanobi da Strada, amigo de Petrarca, que fué colocado á fines de 1358 ó principios de 1359, por el Papa Inocencio VI, como protonotario y secretario de breves. Urbano V llamó, en 1365, á otro amigo de Petrarca, Francesco Bruni, á Aviñón. Cf. Voigt, *Wiederbelebung II*, 5 ss. Sobre Zanobi da Strada cf. Fracassetti, *Lettere famil. di F. Petrarca* (Firenze 1865) III, 126 ss. y Wessloffsky, *Boccaccio* (St. Petersburg 1893/94) II, 166 ss.

fin del gran Cisma de Occidente; porque sin un conocimiento exacto de aquel tiempo tan peligroso para el Pontificado, es imposible comprender el posterior desenvolvimiento de los sucesos.

En el curso de la siguiente narración mostraremos después, de qué manera el Renacimiento fué también echando raíces en la Ciudad eterna, en los pontificados de Martín V y Eugenio IV; cómo los más distinguidos varones que vistieron la púrpura en el siglo v: Albergati, Cesarini y Capránica, fomentaron el Humanismo en sus más laudables tendencias; cuán decisivo influjo ejercieron la estancia de Eugenio IV en Florencia, y el concilio para la Unión allí celebrado; hasta que, con Nicolao V, subió al trono de San Pedro un varón, lleno de confianza en el poder de la ciencia cristiana (1), el cual se atrevió á ponerse al frente de aquel gran movimiento de los espíritus. Este acaecimiento inauguró una nueva era en la Historia del Pontificado, como en la de la Literatura y del Arte, la cual alcanzó su punto culminante durante los reinados de Julio II y León X bajo los cuales, aun más que la Literatura, desarrolló su mayor eflorescencia el Arte del Renacimiento. Su mecenazgo dió ocasión á los más grandes maestros de aquel siglo: Bramante, Miguelángel y Rafael, para desplegar con la mayor amplitud sus nativas cualidades, empleándolas en servicio de la Iglesia. Hay pocos fenómenos en toda la Historia de la civilización, que puedan parangonarse con la gloriosa actividad que desarrolló entonces en el terreno artístico la Sede Apostólica.

Se ha dicho con frecuencia que, con Nicolao V, iniciador de aquel mecenazgo, subió el Renacimiento mismo al trono pontificio; pero, quien quiera hacer suya esta frase, no debe olvidar, que aquel Papa, verdaderamente grande, fué en todo caso un partidario del legítimo y cristiano Renacimiento; y lo mismo que Fra Angélico de Fiésole, á quien confió la pintura de su gabinete de trabajo, que todavía se conserva en el Vaticano, supo el fundador de la Biblioteca Vaticana juntar harmónicamente la admiración por los tesoros del ingenio antiguo, con las exigencias de la cristiana fe; abrazar en una misma veneración á Cicerón y á San Agustín, y estimar lo grande y bello de la Antigüedad pagana, sin olvidar por eso el Cristianismo (2).

(1) Hübner I, 47, ha hecho resaltar con razón este punto.

(2) Mântz, *Précurseurs* 101; Cf. 145. Hübner I. c.

El pensamiento fundamental de Nicolao V fué, hacer que Roma, capital de la Cristiandad, fuera también eternamente capital de la literatura clásica, y centro de las ciencias y las artes; pero la realización de este pensamiento, en sí mismo noble y grande, no podía estar libre de varias dificultades y muchos y grandes peligros; y si Nicolao V no los reconoció suficientemente, ó prescindió de los riesgos que amenazaban á los intereses de la Iglesia por parte del Renacimiento gentilico y revolucionario, esto es lo único que puede echársele en cara. Su deseo fué en sí mismo noble, grande y digno del Papado; y la intrepidez con que aquel varón magnánimo desafió los peligros de dicha escuela, es á propósito para infundir una admiración involuntaria (1). Por otra parte, esta misma resolución se nos presenta con diferente aspecto, si consideramos la fuerza y el poder que habían alcanzado por entonces las tendencias del Renacimiento. La tentativa de apoderarse de la dirección del mismo, fué una grande empresa, y una hazaña digna del sucesor de los Gregorios é Inocencios.

Sólo la ignorancia puede reprochar á la Santa Sede, sin otros distingos, el haber fomentado el Renacimiento; pues, por muy profundo que fuera el movimiento espiritual provocado por la restauración de la Antigüedad, «no acarrea á la formación cristiana ningún peligro serio; antes bien le prestaba ocasión para nuevos estímulos y mejoramientos, con tal que la unidad y la pureza de la fe cristiana se mantuviera intacta, bajo la autoridad de la Iglesia y de su Primado» (2). Si más adelante tomaron las cosas un desarrollo enteramente distinto, á consecuencia de la supremacía que alcanzó el Renacimiento pagano; si las riquezas espirituales alcanzadas por la renovación del estudio de la Antigüedad, se emplearon del modo más pernicioso; no puede hacerse en manera alguna responsable de ello á Nicolao V, que se dejó guiar por los más nobles motivos; al contrario; es un título de gloria para el Papado, el haber mostrado, aun frente al gran movimiento espiritual del Renacimiento, una comprensión amplia

(1) Burckhardt, Kultur I, 241, llama imponente la intrepidez de los Papas y añade: «Nicolás V estaba tranquilo acerca de la suerte de la Iglesia, porque millares de hombres eruditos estaban á su lado para ayudarle.»

(2) Haffner, Grundlinien 691. Semejantemente dice Hergenröther (II, 172): «En sí misma la nueva dirección no era dañosa ni para la Teología ni para la Iglesia, antes bien provechosa.» Cf. además Beissel en las Stimmen aus Maria-Laach XVIII, 471 s., y Rohrbacher-Knöpfler 323.

y magnánima, que era una parte de la herencia de su elevada posición en el mundo (1). Mientras el dogma permaneciera incólume, Nicolao V y sus sucesores, inspirados por los mismos sentimientos, dejaron al Renacimiento la más amplia esfera de acción. De los daños que causaban las burlas de los humanistas, apenas tuvo una ligera sospecha el fundador de la Biblioteca Vaticana; y cuando, en su lecho de muerte, exhortaba con instancia á los cardenales que le rodeaban, á que siguieran trabajando por el mismo camino que él lo había hecho, para el bien de la Iglesia: de la navicilla de Pedro que, por la maravillosa dirección de Dios, se ha salvado siempre de todas las tormentas; hablaba ciertamente con sincero corazón, como no puede menos de colegirse de la pureza de toda su vida (2).

(1) El mismo fenómeno se reprodujo en el siglo XVI; cf. Reumont, V. Colonna (Freiburg 1881) 125.

(2) Cf. infra el Lib. III, cap. 8.